

Talleres 2020

TALLERES DE HISTORIA ARGENTINA y DE LITERATURA ARGENTINA y de AMÉRICA LATINA

Por internet

Tercer Cuadernillo: opiniones, reflexiones y trabajos

Centro Cultural Osvaldo Pugliese
Programa Cultural en Barrios
Ministerio de Cultura / Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires

Docente: Elena Luz González Bazán

Correos electrónicos:

egonzalezbazan@gmail.com

elenagonzalez12@yahoo.com.ar

PÁGINAS: www.latitudperiodico.com.ar
www.villacrespomibarrío.com.ar

LITERATURA ARGENTINA Y DE AMÉRICA LATINA

ELENA PONIATOWSKA

EL RECADO, una historia corta

Vine, Martín, y no estás. Me he sentado en el peldaño de tu casa, recargada en tu puerta y pienso que en algún lugar de la ciudad, por una onda que cruza el aire, debes intuir que aquí estoy. Es este tu pedacito de jardín; tu mimosa se inclina hacia afuera y los niños al pasar le arrancan las ramas más accesibles... En la tierra, sembradas alrededor del muro, muy rectilíneas y serias veo unas flores que tienen hojas como espadas. Son azul marino, parecen soldados. Son muy graves, muy honestas. Tú también eres un soldado. Marchas por la vida, uno, dos, uno, dos... Todo tu jardín es sólido, es como tú, tiene una reciedumbre que inspira confianza.

Aquí estoy contra el muro de tu casa, así como estoy a veces contra el muro de tu espalda. El sol da también contra el vidrio de tus ventanas y poco a poco se debilita porque ya es tarde. El cielo enrojecido ha calentado tu madreSelva y su olor se vuelve aún más penetrante. Es el

atardecer. El día va a decaer. Tu vecina pasa. No sé si me habrá visto. Va a regar su pedazo de jardín. Recuerdo que ella te trae una sopa cuando estás enfermo y que su hija te pone inyecciones... Pienso en ti muy despacio, como si te dibujara dentro de mí y quedaras allí grabado. Quisiera tener la certeza de que te voy a ver mañana y pasado mañana y siempre en una cadena ininterrumpida de días; que podré mirarte lentamente aunque ya me sé cada rinconcito de tu rostro; que nada entre nosotros ha sido provisional o un accidente.

Estoy inclinada ante una hoja de papel y te escribo todo esto y pienso que ahora, en alguna cuadra donde camines apresurado, decidido como sueles hacerlo, en alguna de esas calles por donde te imagino siempre: Donceles y Cinco de Febrero o Venustiano Carranza, en alguna de esas banquetas grises y monocordes rotas sólo por el remolino de gente que va a tomar el camión, has de saber dentro de ti que te espero. Vine nada más a decirte que te quiero y como no estás te lo escribo. Ya casi no puedo escribir porque ya se fue el sol y no sé bien a bien lo que te pongo. Afuera pasan más niños, corriendo. Y una señora con una olla advierte irritada: "No me sacudas la mano porque voy a tirar la leche..." Y dejo este lápiz, Martín, y dejo la hoja rayada y dejo que mis brazos cuelguen inútilmente a lo largo de mi cuerpo y te espero. Pienso que te hubiera querido abrazar. A veces quisiera ser más vieja porque la juventud lleva en sí, la imperiosa, la implacable necesidad de relacionarlo todo con el amor.

Ladra un perro; ladra agresivamente. Creo que es hora de irme. Dentro de poco vendrá la vecina a prender la luz de tu casa; ella tiene llave y encenderá el foco de la recámara que da hacia afuera porque en esta colonia asaltan mucho, roban mucho. A los pobres les roban mucho; los pobres se roban entre sí... Sabes, desde mi infancia me he sentado así a esperar, siempre fui dócil, porque te esperaba. Sé que todas las mujeres aguardan. Aguardan la vida futura, todas esas imágenes forjadas en la soledad, todo ese bosque que camina hacia ellas; toda esa inmensa promesa que es el hombre; una granada que de pronto se abre y muestra sus granos rojos, lustrosos; una granada como una boca pulposa de mil gajos. Más tarde esas horas vividas en la imaginación, hechas horas reales, tendrán que cobrar peso y tamaño y crudeza. Todos estamos -oh mi amor- tan llenos de retratos interiores, tan llenos de paisajes no vividos.

Ha caído la noche y ya casi no veo lo que estoy borroneando en la hoja rayada. Ya no percibo las letras. Allí donde no le entiendas en los espacios blancos, en los huecos, pon: "Te quiero...". No sé si voy a echar esta hoja debajo de la puerta, no sé. Me has dado un tal respeto de ti mismo... Quizá ahora que me vaya, sólo pase a pedirle a la vecina que te dé el recado: que te diga que vine.

ESTADO DE SITIO cuento

México, 1933

Camino por las grandes avenidas, las anchas superficies negras, las banquetas en las que caben todos y nadie me ve, nadie voltea, nadie me mira, ni uno solo de ellos. Ninguno da la menor señal de reconocimiento. Insisto. Ámenme. Ayúdenme. Sí, todos. Ustedes. Los veo. Trato de imantarlos; nada los retiene, su mirada resbala encima de mí, me borra, soy invisible. Sus ojos evitan detenerse en algo, en cualquier cosa, y yo los miro a todos tan intensamente, los estampo en mi alma, en mi frente; sus rostros me horadan, me acompañan; los pienso, los recreo, los acaricio. Nosotras las mujeres atesoramos los rostros; de hecho, en un momento dado, la vida se convierte en un solo rostro al que podemos tocar con los labios. Ámenme, véanme, aquí estoy. Alerto todas las fuerzas de la vida; quiero traspasar los vidrios de la ventanilla, decir: "Señor, señora, soy yo", pero nadie, nadie vuelve la cabeza, soy tan lisa como esta pared de enfrente. Debería gritarles: "Su sociedad sin mí sería incompleta, nadie camina como yo, nadie tiene mi risa, mi manera de fruncir la nariz al sonreír, jamás verán a una mujer acodarse en la mesa como lo hago, nadie esconde su rostro dentro de su hombro...señores, señoras, niños, perros, gatos, pobladores del mundo entero, créanme, es la verdad, les hago falta."

Me gustaría pensar que me oyen pero sé que no es cierto. Nadie me espera. Sin embargo, todos los días tercamente emprendo el camino, salgo a las anchas avenidas, a ese gran desierto íntimo tan parecido al que tengo adentro. Necesito tocarlo, ver con los ojos lo que he perdido, necesito mirar esta negra extensión de chapopote, necesito ver mi muerte.

De noche vienes, México, Grijalbo, 1979

ABELARDO CASTILLO

LA MUJER DEL OTRO

Siempre supe que un día yo iba a terminar llamando a esa puerta. Ese día fue esta noche.

La casa es más o menos como la imaginaba. Una casa de barrio, en Floresta, con un jardín al frente, si es que se le puede llamar jardín a un pequeño rectángulo enrejado en el que apenas caben una rosa china y dos o tres canteros, cubiertos ahora de maleza. No sé por qué digo ahora; pudieron haber estado siempre así. Hay un enano de jardín, esto sí que no me lo imaginaba. El marido de Carolina me contó que lo había comprado ella misma, un año atrás. Carolina había llegado en taxi, una noche de lluvia; dejó el automóvil esperando en la calle y entró en la casa como una tromba. Tengo un auto en la puerta y

me quedé sin plata, le dijo, págale por favor y de paso bajá el paquete con el enano.

-Usted la conoció bastante -me dijo él, y yo no pude notar ninguna doble intención en sus palabras-. Ya sabe cómo era ella.

Le contesté la verdad. Era difícil no contestarle la verdad a ese hombre triste y afable. Le contesté que no estaba seguro de haberla conocido mucho.

- Sí, eso es cierto -dijo él, pensativo-. No creo que haya habido nadie que la conociera realmente. -Sonrió, sin resentimiento. -Yo, por lo menos, no la conocí nunca.

Pero esto fue mucho más tarde, al irme; ahora estábamos sentados en la cocina de la casa y no haría media hora que nos habíamos visto las caras por primera vez.

Carolina me lo había nombrado sólo en dos o tres ocasiones, como si esa casa con todo lo que había dentro, incluido él, fueran su jardín secreto, un paraíso trivial o alguna otra cosa a la que yo no debía tener acceso. Esta noche yo había llegado hasta allí como mandado por una voluntad maligna y ajena. Desde hacía meses rondaba el barrio, y esta noche, sencillamente, toqué el timbre.

Él salió a abrirme en pijama, con un abrigo echado de cualquier modo sobre los hombros. Le dije mi nombre. No se sorprendió, al contrario. Hubiera podido jurar que mi visita no era lo peor que podía pasarle.

-Perdóneme el aspecto -dijo él-. Estoy solo y no esperaba a nadie.

Tenía la apariencia exacta de eso que había dicho. Un hombre solo que no espera a nadie.

Yo había tocado el timbre sin pensar qué venía a decirle, sin saber siquiera si venía a decirle algo. No tenía la menor excusa para estar en esa casa a la diez de la noche. La situación era incómoda y absurda, si es que no era algo peor.

-Pase, pase -decidió de pronto-. Me cambio en un minuto.

-No, por favor. -Pensé decir que mejor me iba; pero me interrumpió mi propia voz. -No tiene por qué cambiarse.

Sólo me faltó agregar que podía andar vestido como quisiera, que, al fin de cuentas, el marido de Carolina había sido él y que ésta era su casa. De todos modos, yo

no tenía ningún interés en que se cambiara. Tal vez haría bien en callarme lo que sigue, pero sentí que, cualquier cosa que fuera lo que yo había venido a buscar, me favorecía estar bien vestido, frente a ese hombre en pantuflas y con un sobretodo encima del saco del pijama.

Eso, al llegar: ahora, las cosas habían variado sutilmente. Él estaba de verdad en su casa, en su cocina, junto a una antigua estufa de hierro, confortablemente enfundado en su pijama, y yo me sentía como un embajador de la Luna.

-¿Toma mate? -me preguntó con precaución.

Es increíble, pero le dije que sí. Tomar mate era un modo de permanecer callado, de darse tiempo.

-Carolina, con toda su suavidad y sus maneras, a la mañana, a veces también tomaba mate. Era muy cómica. Chupaba la bombilla con el costado de la boca, como si jugara a ser la protagonista de una letra de tango. No, no era eso. Tomaba mate con cara de pensar.

Me tocaba hablar a mí.

-Usted se preguntará a qué vine.

-No, nunca me pregunto demasiadas cosas, y siempre supe que algún día íbamos a encontrarnos - Volvió a sonreír, con los ojos fijos en el mate. -Pero, ya que lo dice: a qué vino.

Quise sentir agresión o desafío en su voz. No pude. La pregunta era una pregunta literal, sin nada detrás. O con demasiadas cosas, como aquello de la cara de pensar de Carolina, por ejemplo. Yo conocía y amaba esa cara. La había visto al anochecer, en alguna confitería apartada, mientras ella miraba su fantasma en el vidrio de la ventana, sorbiendo una pajita. La había visto de tarde, en mí departamento, mientras ella mordía pensativamente un lápiz, cuando me dibujaba uno de aquellos mapitas o planos de lugares y casas en los que había vivido de chica, casas y lugares que por alguna razón parecían estar más allá de las palabras y de los que siempre sospeché que jamás existieron, o no en las historias que ella contaba. Bueno, sí, yo también había mirado muchas veces esa cara ausente y desprotegida, más desnuda que su cuerpo, pero nunca la había mirado de mañana, mientras Carolina tomaba mate. Pensé que tal vez debería estar agradecido por eso, sin embargo no me resultó muy alentador. Me iba a pasar lo mismo más tarde, con la historia del enano.

El acababa de preguntarme a qué había venido.

-No sé. -Hice una pausa. La palabra que necesité agregar era deliberadamente malévol. -Curiosidad - dije.

-Me doy cuenta -murmuró él.

Ignoro qué quiso decir, pero tuve la certeza de que sí, de que en efecto se daba cuenta.

Llegué a mi departamento después de la una de mañana, lo que significa que estuve con él cerca de tres horas, sin embargo no recuerdo más que fragmentos de nuestra conversación, fragmentos que en su mayor parte carecen de sentido. Hablamos de política, de una noticia que traía el diario de la noche, la noticia de un crimen. Hablamos de la inclemencia del invierno en Buenos Aires. Ahora tengo la sensación de que casi no hablamos de Carolina.

En algún momento, él me preguntó si yo quería ver unas fotos.

-Fotos -dije.

No pude dejar de sentir que esa proposición encerraba una amenaza. Imaginé un álbum de casamiento,

fotografías de Carolina en bikini, fotografías de los dos riéndose o abrazados, sabe Dios qué otro tipo de imágenes.

-Fotos -repitió él-. Fotos de Carolina. Hice uno de esos gestos vagos que pueden significar cualquier cosa.

-Es un poco tarde -dije.

-No son tantas -dijo él, poniéndose de pie-. Hace mucho que no las miro.

Salió de la cocina y me dejó solo. Yo aproveché la tregua para observar a mi alrededor. Intenté imaginar a Carolina junto a esa mesada, o, en puntas de pie, tratando de alcanzar una cacerola, un hervidor de leche. Tal vez era algo como eso lo que yo había venido a buscar a esa casa. En una de las paredes vi dos cuadritos muy pequeños. Me levanté para mirarlos de cerca. No me dijeron nada. Eran algo así como mínimas naturalezas muertas. Ínfimas cocinas dentro de otra cocina. Cómo saber si ella los había colgado, cómo saber si habían significado algo el día que los eligió.

Cuando él volvió a entrar, traía un pantalón puesto de apuro sobre el pantalón del pijama, y un grueso pulóver, que me pareció tejido a mano.

Traía también una caja de cartón. Se sentó un poco lejos de mí y me alcanzó la primera fotografía: Carolina sola. Detrás, unos árboles, que podían ser una plaza o un parque. Descartó varias y me alcanzó otra. Carolina sola, arrodillada junto a un perro patas arriba. Miró tres o cuatro más, una de ellas con mucho detenimiento. Las puso debajo del resto, en el fondo de la caja, y me alcanzó otra. Carolina sola.

Entonces sentí algo absurdo. Sentí que ese hombre no quería herirme.

-Ésta es linda -dijo.

Carolina, junto a un buzón, se reía.

-Sí -dije sin pensar-. Era difícil verla reírse así.

Él me miró con algo parecido al agradecimiento.

-Nunca había vuelto a mirarlas. Solo es distinto.

-Usted no está en ninguna de las que me mostró -le dije.

-Bueno, yo era el fotógrafo -dijo él.

Poco más o menos, es todo lo que recuerdo, o todo lo que sucedió esta noche.

Miré mi reloj y le dije que tenía que irme. Él me acompañó hasta la puerta de la entrada, no hasta la verja del jardín. Fue en ese momento cuando me contó la

historia del enano. Después yo estaba recorriendo el cerrojo de hierro y oí su voz a mi espalda.

-Era muy hermosa, ¿no es cierto?

Salí, cerré la verja y le contesté desde la vereda.

-Sí -le dije-. Era muy hermosa.

Me pidió que volviera algún día. Le dije que sí.

HISTORIA ARGENTINA

REVOLUCIÓN DE 1880 / 2 DE ENERO

Es otra etapa de contiendas políticas y por las armas que desembocó en la Federalización de Buenos Aires, cuya realidad se plasma en 1880.

En 1877 muere el candidato presidencial Adolfo Alsina, de esta forma se abre la disputa por las candidaturas autonomista y mitrista. Por tal motivo y en 1878 es elegido Carlos Tejedor como gobernador de Buenos Aires.

Carlos Tejedor fue una figura que había adquirido prestigio y poder desde su regreso al país, en 1852, pero también dividía aguas en el partido por su postura poco flexible. De todas formas, el 19 de marzo de 1879, fue proclamada la fórmula Carlos Tejedor- Saturnino Laspiur por la convención mitrista y una fracción autonomista. Sin embargo, pronto comenzaron los quiebres de los partidos que habían elegido a los candidatos y restó posibilidades al gobernador.

La aparición de Julio Argentino Roca es esencial en esta época, era un joven general que se había hecho muy popular entre las clases dominantes por su genocida Campaña al Desierto, la tercera, que gana territorios a los originarios.

Su popularidad hace que el 27 de julio de 1879 consiga el apoyo de las provincias, de los autonomistas y del presidente, la fórmula fue compuesta por Roca y Eduardo Madero.

Las consecuencias fueron las interferencias entre la provincia y la nación que se intensificaron, dados los desacuerdos de Carlos Tejedor y Nicolás Avellaneda, presidente de la Nación.

Esta situación llevó a tensar las relaciones y, partidarios mitristas difundieron en los círculos políticos que Carlos

Tejedor expulsaría al presidente, Nicolás Avellaneda, de la ciudad de Buenos Aires.

Por tal motivo, la provincia compra los arsenales de armas y puebla la ciudad de milicias.

Un grupo de militares pidieron la baja en el Ejército para poder convertirse en los conductores castrenses de la provincia, se cuenta que, en marzo de 1880, una multitud salió a las calles a vivir esas bajas. El Tiro Federal fue el centro de formación donde concurrían una gran cantidad de hombres a practicar en el uso de armas y en la formación militar. A las fuerzas de línea (la Guardia Provincial y el Cuerpo de Vigilantes) se unieron batallones civiles que se asentaron en bases por toda la ciudad.

Aunque iban muchos de los hijos de familias tradicionales de la ciudad (con armas costeadas por ellos mismos), las jerarquías castrenses de Tejedor incorporaron hombres de la campaña bonaerense y de los barrios pobres de Buenos Aires. El primer día de junio de 1880 logró descargar en La Boca un cargamento de fusiles provenientes de Alemania, antes de burlar la vigilancia de la escuadra nacional. Fue el inicio de la denominada revolución.

En el actual barrio de Chacarita, el presidente Avellaneda reclutaba hombres y recibía ayuda de las provincias. Carlos Tejedor sólo había conseguido el apoyo explícito de

Corrientes. Mientras, en la ciudad, los batallones ensayaban su encuentro con las tropas nacionales; las "Damas del Socorro" juntaban fondos para la contienda y grupos de voluntarios cavaban trincheras y fosas en las principales calles de Buenos Aires. El primer choque de fuerzas sucedió el 17 de junio en Olivera, localidad cercana a Mercedes, donde el Coronel José Inocencio Arias estaba alistando fuerzas. Eduardo Racedo, que respondía a Avellaneda, lo interceptó y diezmó a los seguidores de Carlos Tejedor.

Las tropas nacionales avanzaron desde el sur, lo que hoy es Lanús, y tuvieron un cruento encuentro con las provinciales a orillas del Riachuelo. El 20 de junio confrontaron en el Puente de Barracas, mientras que el 21 las tropas de Arias resistieron en Puente Alsina. Ese mismo día, Arias realizó una retirada hacia la meseta de Los Corrales, donde los nacionales habían logrado ingresar y se preparaban para la batalla. Allí se desarrolló el más violento de los encuentros, sin que ninguna de las partes se impusiera sobre la otra y con el resultado de gran cantidad de bajas civiles. Se estima que fueron algo superior a los 3.000 caídos en los encuentros de esos dos días.

Pero si indagamos otras fuentes, hay que tener en cuenta que el enfrentamiento fue cuerpo a cuerpo, crudo, como

era de esperar, combates que se prolongaron hasta altas horas de la madrugada.

El periódico El Quilmero, del 24 de junio de 1880, afirma que "¡Ya es tarde! En el número del 20 de junio, publicamos un artículo referente a las esperanzas de paz que aún abrigábamos antes de llegar al extremo terrible a que ese día se llegaba... Insistir con nuestras prácticas de paz sería ridículo ahora que el cañón y el Remington han tomado la palabra para pulverizarse argentinos con argentinos... Hemos dicho varias veces que esta hoja no se inclina por ninguna bandera política pues su objeto es el bienestar del pueblo exclusivamente...

La primera operación bélica que dimos a cuenta, tuvo lugar con motivo de estorbarle a la columna del Coronel Arias, la entrada a las puertas de la ciudad.

Allí se rompió el fuego y cayeron las primeras víctimas de la lucha fratricida.

Muy pronto siguió otra. La columna del Coronel Levalle, que protegida por las fuerzas del ejército nacional intentó forzar el paso el día domingo.

Con ese motivo se empeñó un reñido combate en el puente Barracas en el que no solamente han caído soldados de la patria sino vecinos inocentes de aquella localidad...

No culpemos ni a uno ni a otro bando. Culpemos a la fatalidad... La situación creada en la nación Argentina por los actuales sucesos políticos es incontenible...”

En el Combate de Barracas se registraron 3.000 bajas y en los combates de Puente Alsina y Los Corrales resultaron un total de 1.200 muertos y heridos.

LOS ENFRENTAMIENTOS DE SAN JOSÉ DE FLORES Y CONSTITUCIÓN

Los otros choques fueron en San José de Flores y Constitución. Tejedor, luego de estos duros combates, decidió reevaluar la defensa. Reclamó ayuda a Mitre para que se hiciese cargo de la “dirección de la guerra”. Éste decidió negociar con Avellaneda. Se firmó un armisticio, en el que el presidente adelantaba la condición de convertir a Buenos Aires en capital.

El gobierno nacional dispuso de inmediato la intervención de la provincia de Buenos Aires. En el lugar de Tejedor, se nombró a un interventor, José M. Bustillo, y disolvió la Legislatura. “La sangre derramada no debe quedar estéril” decía por entonces Avellaneda, aprovechando la derrota para concretar el viejo proyecto centralista.

Las crónicas de la época hablan del desastre en que quedó la ciudad, las semanas siguientes a la revolución de 1880, este gran espacio de la ciudad estaba delimitado por zanjas, refugios y trincheras. Las calles de Buenos Aires estaban sumergidas en el caos, entre edificios demolidos, vaciados y decenas de cadáveres sin enterrar o mal sepultados en zanjas y fosas.

El Cementerio del Sur, donde en la actualidad está el Parque Florentino Ameghino, cerrado desde la epidemia de fiebre amarilla de 1871, fue reabierto para dar lugar a los muertos de la denominada revolución.

El 24 agosto de 1880, a poco de concluir su gestión, Nicolás Avellaneda presentó un proyecto de ley por el que Buenos Aires se convertía en la capital de la República y residencia de las autoridades nacionales. Las autoridades provinciales, sin jurisdicción, podrían realizar la administración desde esta ciudad hasta su traslado futuro a otro punto de la provincia. Ese lugar fue La Plata, que comenzó a levantarse en 1882 bajo la gestión del gobernador elegido el año anterior, Dardo Rocha.

El 6 de diciembre de 1880, el flamante presidente, Julio Roca, promulgó la Ley 1029 por la que se instituyó la federalización de la ciudad de Buenos Aires.

Como siempre les solicito y me parece que lo saben hacer muy bien... espero sus comentarios y argumentos, diferencias y otros planteos.

Este trabajo fue realizado por Elena Luz González Bazán especial para Villa Crespo Digital / 24 de mayo del 2015 * Actualizado 2 de junio del 2015

Elena Poniatowska fue propuesta el año 2019.

El cuento de Abelardo Castillo, La Mujer del Otro es una propuesta que envió Graciela Parejo.

Latitud Periódico / Elena Luz González Bazán / Padilla 73 6 Derechos de autor 2009 - 2019 / Correo electrónico: noticias@latitudperiodico.com.ar / REGISTRO NACIONAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL: 39820920-2019 / RE-2019-65405843

Villa Crespo Digital / Elena Luz González Bazán / Padilla 736 / Derechos de autor 2002 - 2019 / Correo electrónico: maito:noticias@villacrespomibarrío.com.ar / info@villacrespomibarrío.com.ar REGISTRO NACIONAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL: 39824156-2018 -2019 / RE-2019-65409607